

(02060)

El Estado aprieta pero no ahoga

—La leyenda de Francis el del gol de cabeza (3ª parte)—

Sonó el móvil de María, sobresaltándola. Era López.

~¿Estás viendo el canal autonómico, María?

~No me hace falta —María se mostraba fría, contrariada como estaba. Ni siquiera la voz de López la animó, y el empresario captó la dureza en la inflexión de voz de la dama.

~¿Qué quieres decir?

~Que estoy aquí mismo. Ahora tengo que dejarte —y colgó sin mediar más palabras.

López maldijo para sus adentros. El Rayo se disponía a celebrar una serie de galas para homenajear a sus viejas glorias, y Francis, éste Francis, el del gol de cabeza, iba a ser el primero. Ya estaban informadas las dos federaciones —la madrileña y la española—, los clubes vecinos y los clubes madrileños de primera y segunda división. Todos habían aplaudido la iniciativa y habían mostrado su disposición para acudir cada cuatro jueves a Mospintoles durante cuatro meses. Todos conocían la historia de Francis el del gol de cabeza. Con esta añagaza López pretendía aumentar su agenda de contactos, no precisamente con objetivos futbolísticos.

—¡Francis!, por última vez; salga con las manos en alto. En treinta segundos derribaremos la puerta y accederemos a la vivienda.

Esta vez el silencio fue interrumpido por la voz ronca de Francis, el del gol de cabeza:

—La puerta está abierta, panda de cretinos.

—Muy bien, salga con las manos en alto, donde las veamos bien visibles —Rosales pensó en lo mal que quedaría esta redundancia en el documental, e hizo una nota mental para doblar personalmente aquella parte. Aún ignoraba que la señal se estaba emitiendo en directo para toda España a través del canal de TeleMadrid en la plataforma digital.

Tras otro largo silencio la voz serena de Francis volvió a llenar aquella insana galería.

—Gánese el jornal, jefe. Entren a por mí. Estoy descansando.

—Puede ser una trampa, inspector —adujo el oficial del equipo, atento al quite—. Podría haber colocado un dispositivo que hiciera volar el edificio si dispone de la dinamita suficiente.

Era cierto que los barreneros, en tiempos de la cantera, disponían de facilidades para sisar dinamita a diario; no existía el control actual.

Rosales pensó rápidamente:

—Está bien, Marcial. Vaya abajo y tráigame la pelota de baloncesto que tenían esos negros. ¡Corra!

El oficial bajó raudo los escalones. Ya en la calle se dirigió al patio donde los negros habían reanudado el baloncesto callejero. El veterano cámara enfocó al oficial Marcial desde la unidad móvil. Igualmente el policía ignoraba que se estaba retransmitiendo en directo. Pidió la pelota a los negros, que se negaron a entregarla. La situación se le complicaba.

En ese momento llegó López en su 4x4 acompañado de Basáñez. No vio la cinta de balizamiento que Bermúdez había vuelto a colocar y se la llevó por delante. La cinta estaba rota por tantos sitios que el policía, pacientemente, se dispuso a sustituirla por una nueva. El sargento, enérgico, se fue hacia López, que conducía aquel Audi Q7, dándole el alto. María, reconociendo el lujoso vehículo del empresario, llamó al veterano de las COE pidiéndole que les dejara acercarse a la unidad móvil.

—¿Qué está pasando? —López, junto con Basáñez, se llegó hasta donde estaba María—. Se está enterando todo Madrid de que Francis es una vieja gloria del Rayo...

—A estas horas la señal debe estar en el canal internacional —cortó María malhumorada—. No me digas nada. En el partido íbamos a homenajear a Francis dentro de quince días.

—¡La semana que viene organizábamos una gala para homenajearle por aquel gol de cabeza! Estamos jodidos... —concedió López reconociendo que María también iba a ser víctima de una nefasta publicidad.

En la canchita de baloncesto se había iniciado una discusión. Marcial, que no estaba dispuesto a que unos negros indocumentados se le subieran a la chepa, decidió pasar a mayores hablando en voz baja y tensa al maromo que retenía la pelota.

—Mira hijo de puta, como no me des la pelota ahora mismo te empapelo hasta los huevos. Y como estés ilegalmente en mi país te van a dar por el culo a ti y a toda tu puta familia. Por mis cojones que salís cagando hostias de aquí —dicho lo cual echó mano a la cartuchera sin desenfundar el arma reglamentaria.

El gesto no pasó desapercibido para la audiencia, que sin saber qué ocurría exactamente sí notaba la tensión en el patio. El negro que tenía la pelota y que se había plantado, ajeno también a la retransmisión en directo, dejó caer la pelota y la pisó. Luego la empujó hacia el oficial.

Marcial acogió el gesto por donde venía: así que el puto negro quería hacer que se agachara delante de él... Le miró desafiante a los ojos y pateó la pelota hacia el portal de Francis.

—Cuando esto acabe, como estéis aquí, vamos a ver vuestros papeles, ¡mamón!

Y diciendo esto dio media vuelta y se dirigió hacia el portal. De camino elevó la pelota con la puntera de la bota en dirección a la pared, y tras rebotar en ella la agarró y subió, pronto, el tramo de escaleras.

López se dirigió a Susana y la llamó aparte, pero no lejos del oído de María.

—Señorita, tu intervención ha sido profundamente desafortunada.

A Susana se le apagó la sonrisa. Esperaba una felicitación por dar publicidad al Rayo en TeleMadrid. López adivinó la perplejidad de la joven.

—Nos has jodido pero bien, Susana. No sé como agradecerte el negro agujero que has abierto ante nosotros. Ahora somos el club de un atracador. Un club que justamente la semana que viene iba a homenajearle. Ya estaban todas las invitaciones enviadas.

—Yo... —Susana, azorada, empezó a comprender—. No pensé...

—“No pensé” lejos de ser una disculpa es la confirmación del error.

María aprovechó para malmeter:

—Jovencita, has hecho una labor digna del mejor relaciones públicas... del enemigo. Con tu propaganda nos has jodido a todos. A Mospintoles tampoco le interesa saber que uno de sus vecinos más queridos es un delincuente —María hubo de comerse su malhumor; después de todo su partido no pagaba el sueldo de la joven periodista— ¡Que te jodan, Susanita, rica!

La concejal no podía esconder su frustración y, crispada, dio media vuelta antes de proferir una nueva incongruencia. Por un lado estaba el daño que recibiría su imagen y su partido, por otro la baba que le caía a Sebas en casa cada vez que Susana hablaba por la radio.

López sin embargo todavía albergaba planes para Susana. Y decidió que aprovecharía este desliz de la inexperta periodista para volver a ponerla en una situación delicada con respecto a él a efectos de beneficiarse.

Rosales ya había recibido la pelota de baloncesto, y en un alarde de valentía salió a pecho descubierto —en realidad llevaba puesto el chaleco antibalas— y lanzó con potencia la pelota en dirección a la puerta, que se abrió de par en par con estrépito, golpeando contra la pared, pero apenas rebotó pues el tope de goma hacía años que había desaparecido.

—Vais a romper la puerta, ¡payasos! —la voz de Francis volvió a dejarse oír—. Aunque me importa un huevo. No es mía.

—Francis, por última vez, salga con las manos en alto.

—Eso has dicho hace cinco minutos, ¡chamullador! Ven a por mí, ¿o tienes miedo de que te vuele las pelotas y te queden colgando de un campanario? Ya te he dicho que estoy descansando y desarmado.

Si los constantes desafíos de Francis le significaban como el autor del atraco, aquello lo avalaba. ¿Por qué si no iba a hacer mención a armas de fuego?

—¿Dónde está la escopeta de cañones recortados del atraco? —Rosales no sabía muy bien qué hacer. Necesitaba una orden judicial para acceder a la vivienda... aunque la invitación de Francis para entrar debía estar quedando registrada en la cinta. Además, la puerta había permanecido abierta desde el principio.

—¿Pero aún no la tenéis? ¿Qué mierda de policía tenemos en el país? ¿No habéis *cacheado* la Mobilette?

Pues no. Se les había pasado por alto. Con tanta gente entrando y saliendo en el callejón, Rosales había perdido el hilo de la rutina protocolaria. Envío de nuevo al oficial a inspeccionar el ciclomotor. Marcial estuvo de vuelta en un santiamén, con la escopeta.

—¿Y el dinero? —quiso saber el inspector.

—Ni rastro de él —informó el oficial.

—¿Lo habrán cogido los negros?

—No se habrían quedado si lo tuvieran...

Rosales decidió interpelar nuevamente a Francis:

—¡Francis!, ¿dónde está el dinero sustraído?

—Aquí, conmigo. Me estoy bañando con él.

Aquello no tenía mucho sentido, y Rosales comenzó a pensar que al viejo se le había ido la pinza. Quizá estuviera bajo los efectos de algún estupefaciente.

—¡Francis!, vamos a entrar.

—¡Joder, macho! Sois un montón y todavía dudáis. A ver que os cuente... tres, cuatro, cinco...

Esto hizo que cada hombre se encogiera. Francis los estaba viendo. ¿Pero desde dónde?

—Y encima os traéis a TeleMadrid. ¿Es que sois idiotas?

Rosales palideció. ¿Cómo sabía Francis...? Sin duda había línea visual directa y podía ver el logo que lucía en la cámara.

—¡Francis!, no queremos hacerle daño. Sólo entréguese...

—A ver, macho, estoy en pelotas. Entra con la cámara y me detienes. Os estoy viendo por la tele... Bueno, por la del vecino, que yo no tengo. La veo desde el ventanal, por el patio...

Rosales se volvió hacia el cámara:

—¿Estás retransmitiendo en directo, gilipollas?

—Yo sólo envío la señal a la unidad móvil. No tengo ni idea de qué están haciendo allá abajo.

Decididamente el día se había torcido. Rosales dio la orden. Cada miembro del equipo sabía lo que tenía que hacer.

El inspector avanzó, esta vez sin excesiva cautela. Algo en la voz de Francis le decía que no tenía intención de montar una carnicería. Quizá su última parrafada. Sin embargo el cámara decidió quedarse y grabar desde la escalera cómo accedían a la vivienda.

Al llegar a la puerta Rosales volvió a recordar la necesidad de una orden judicial, ahora que sabía que la detención se estaba retransmitiendo en directo (ya pensaría con qué colgar por los huevos al responsable de esta astracanada), y llamó a la puerta con la boca del cañón de su Heckler&Koch:

—Francis... ¿se puede pasar?

—Adelante caballero —brindó Francis socarrón.

Rosales entró al interior. Lo que vio le sobrecogió. Era una vivienda destartada, apenas amueblada, escasamente iluminada y sucia, donde se respiraba el olor dulzón del orín y la humedad. Tras la puerta, un recodo giraba a la derecha y desde allí comenzaba un largo y ancho pasillo que giraba al fondo. Era una morada grande pero humilde, desordenada y desatendida. Allí ni siquiera había lo imprescindible para vivir. Lo primero que vio, a su derecha, fue la cocina, iluminada por la ventana que daba al patio interior. La puerta de la nevera, descascarillada, estaba desajustada, y había una pila de ropa a medio lavar junto a una pileta. Una pequeña mesa redonda, posiblemente traída desde la terraza de un bar, y una solitaria y fría silla metálica eran todos los muebles que había en aquella pieza. Dio dos pasos más y supo que la siguiente estancia era el baño, y entonces recordó que Francis había dicho que se estaba bañando con el dinero... Pero allí no había nadie.

Un poco más adelante, a la izquierda, se abría un gran salón lleno de periódicos, unas bolsas cuyo contenido no pudo identificar, y un plato con unos ennegrecidos restos de comida diseminados por el suelo, posiblemente para alguna mascota. El plato era pequeño, por lo que dedujo que no debían temer el ataque de un perro de presa; era posible que el viejo Francis padeciera el síndrome de Diógenes. Rosales siguió avanzando lentamente, sin hacer ruido.

El cámara, que ya no podía grabar más acción desde su puesto, decidió asomarse a la puerta de entrada, y tras el recodo se abría el pasillo donde vio a los policías. El olor a humedad, a sucio y a orín le provocó una arcada.

Delante de él Rosales apoyaba con sigilo el talón de la bota; luego la planta del pie. No deseaba hacer ruido, pero las tablas del entarimado crujían bajo el más leve peso.

En el estudio de televisión del programa de la mañana los contertulios contenían el aliento. En Mospintoles no quedaba a estas horas una vivienda o un bar donde no se hubiera sintonizado TeleMadrid. En la calle, María y López miraban por encima del operador de la unidad móvil la imagen que se estaba grabando y retransmitiendo por aquellos aparatos.

Rosales levantó una mano y la comitiva se detuvo pegándose a las paredes del pasillo; todos excepto el cámara, que andaba buscando un pañuelo para mitigar el hedor. Absorto en una infructuosa búsqueda por sus bolsillos el operador alcanzó a Rosales, que se había detenido ante la siguiente puerta, la de un dormitorio.

Allí estaba Francis el del gol de cabeza, enjuto de carnes, totalmente desnudo, tumbado sobre un viejo, mugriento y descosido colchón que estaba tirado en el suelo, rodeado de los billetes obtenidos en el atraco. El cámara captó al viejo en aquella pose extraña. Cuando Francis vio la cámara sonrió hacia ella y se revolcó en el jergón, levantando nubes de billetes con la mano y restregándose el cuerpo con ellos, como si fueran una esponja.

—¡Jo-der! —la exclamación del cámara se coló en todos los domicilios de la Comunidad de Madrid.

Francis se levantó e invitó al cámara a pasar, y con él a toda la audiencia de la cadena de televisión.

—Nunca había tenido tanto dinero junto —dijo—, y no vean lo bien que siento...

—¡Joder, Francis! ¡Tápese, hostias! —ahora fue la voz de Rosales la que atronó a través de las ondas.

Ante aquella visión en algunos domicilios se escucharon exclamaciones de sorpresa, pero en otros fueron de horror. En los bares se prorrumpió en exclamaciones jubilosas, llegando en algunos casos al aplauso generalizado.

—¿Qué es eso que lleva el viejo entre las piernas? —Susana, embargada por la reprimenda de López, no estaba en condiciones de juzgar con ecuanimidad lo que veía.

—¡La-hos-tia-pu-ta! —exclamó atónito el cámara veterano.

—¿Qué va a ser, niña? Es su aparato... —María también estaba anonadada ante las dimensiones de aquella cosa que colgaba entre las piernas de Francis—; su aparato urinario —acertó a concluir la teniente de alcalde.

López y Basáñez sólo atinaron a mirarse entre sí y hacer un gesto cómplice reconociendo la desmesurada virilidad de Francis el del gol de cabeza.

—¡Arrea! ¡Vaya tranca! Ahora entiendo lo poco que saltaba Francis para rematar de cabeza —nadie supo si Roque trató de ironizar o expuso una conclusión.

A partir de este momento todo se precipitó. La cámara mostraba imágenes del domicilio de Francis mientras Rosales buscaba algo con qué teparle para conducirlo a comisaría a prestar declaración. El inspector ordenó al oficial Marcial que recogiera el dinero, y éste, ante aquella perspectiva nada halagüeña, derivó al orden en uno de los novatos:

—¡César!, ocúpese de recoger todo el dinero.

Tampoco la orden fue del agrado del tal César. Aquellos billetes y el cuerpo desnudo del anciano habían estado en íntimo contacto: ¡y quién sabe qué grado de intimidad habían alcanzado!

Vistieron a Francis apresuradamente mientras en el plató de televisión se daba por finalizada la conexión con el avance de aquel documental de producción propia. La cadena estaba satisfecha, augurándole un éxito de audiencia. Ellos se encargarían de promocionarlo adecuadamente para su estreno.

María ya no tenía nada que hacer allí y abandonó el lugar precipitadamente en compañía del sargento antes de que bajaran a Francis para evitar una escena que anticipara la publicidad negativa que iba a caer sobre ella y su partido.

López decidió esperar en compañía de Basáñez. Después de todo, poniéndose a disposición de Francis podría transmitir calidad humanitaria, cierta imagen filantrópica de cara a los invitados que de todos modos la semana siguiente se reunirían para homenajear a cualquier otro ilustre veterano.

Los negros hacía rato que se habían ido. Marcial fue convincente en su amenaza de rebuscar en sus permisos de residencia. Los operadores de TeleMadrid aguardaban a su compañero. Y Susana... Susana había hecho mutis por el foro y se había ausentado a la francesa. Roque también se había ido; no así el subinspector Cañeque, a quien el deber obligaba a mantener la posición. El francotirador había regresado de su atalaya.

Cuando apareció Francis, esposado de forma que la cámara que le seguía no pudiera captar que iba engrilletado, los dos ejecutivos se acercaron a él.

—Francis —llamó López—. Si necesita algo, cualquier cosa que necesite, no dude en contactar con el club.

—Lo que necesito es que su abogado se cerciore bien de que me metan entre rejas el máximo tiempo posible —Francis había dicho esto dirigiéndose a Basáñez, al que conocía.

Aquello dejó estupefactos a los presentes. Fue Basáñez el que tomó la palabra.

—¡Querrá decir el menor tiempo posible!

—No, no. Si he hecho esto es precisamente para que me encierren.

—No entiendo... —balbució, perplejo, el abogado de la firma.

—Mire usted, señor Basáñez. Tengo una pensión de mierda al haberme prejubilado cuando cerró la cantera, pensión que ahora me van a recortar. A finales de mes me iban a desahuciar de este piso por impago. Me subieron la renta hace un año y el dinero no me alcanza para pagarla. Durante estos inviernos fríos puedo caer enfermo y tampoco dispongo de mucho dinero para medicinas. Así que, ¿dónde mejor voy a estar que en la cárcel? Estaré atendido médicamente, no tengo que pagar alquiler alguno, tendré comida suficiente... Y sin tocar ni un céntimo de mi pensión —rió Francis.

—Pero hombre de dios —exclamó Basáñez—, ¿no ve que perderá su libertad? —¿Libertad para qué, señor Basáñez? No tengo ni un duro. Apenas salgo de casa porque no tengo dinero para gastar... y ya ha visto mi casa —Basáñez la había visto por el monitor—, lo he ido vendiendo todo. Ni siquiera puedo ir al bar a diario. El dinero de la pensión apenas alcanza para la comida y algo de ropa, la luz, el agua... Me espera vivir de la caridad ajena. En la cárcel estaré mejor, sin mendigar, y con calefacción. Y ahora será el Gobierno —Francis debió decir el Estado— el que pague mi comida, las medicinas, la vivienda, el agua, la luz y el gas, y sin tocar mi pensión. Después de todo llevo pagando impuestos toda mi vida.

—Pero no podrá ir a ninguna parte. No podrá salir de allí... —insistió Basáñez. —¿Pero aún no se da cuenta? ¿Para qué tiene tantos estudios? Yo ya estaba preso en mi casa. No podía ir a ninguna parte porque no me lo puedo permitir. Ahora incluso podré ver la tele. Y los partidos del Plus...

Basáñez empezó a entender, aunque se le hacía complicado aceptarlo.

—En ese caso... podrá aumentar su condena si desacata al juez.

—¿Y eso cómo se hace? —quiso saber Francis.

—Si me lo permite, le asesoraré sin cobrarle un céntimo. Prepararemos juntos su... antidefensa.